

Los viajeros del siglo XIX y la reinención del pasado prehispánico mexicano. Humboldt y los viajeros ingleses.

Eréndira Muñoz*

Universidad Autónoma del Estado de México (México)

Resumen: El patrimonio arqueológico mexicano es hoy un atractivo turístico, su construcción como tal dependió de un proceso histórico facilitado por el nacionalismo, que fue su condición principal. Este trabajo pretende mostrar que en el siglo XIX, la construcción del nacionalismo y los imaginarios del patrimonio se dinamizaron por un proceso diplomático y comercial, mediante el cual los gobiernos mexicanos convirtieron al pasado prehispánico en una imagen para mostrar al país como susceptible de inversiones y coincidieron con una cruzada occidental por divulgar el territorio considerado más rico de la corona española, y se afianzó como elemento identitario porque permitía construir un tiempo imaginario en el que era visto de mejor forma. Para ello, se revisa la obra de Humboldt y una serie de viajeros ingleses, que muestran que uno de sus intereses era conocer el hoy patrimonio arqueológico y aportaron a su transformación de recurso cultural a turístico.

Palabras Clave: Arqueología; Nacionalismo; Literatura de viajes; Turismo; Viajeros.

Nineteenth-century travellers and the reinvention of Mexico's pre-Hispanic past. Humboldt and the English travellers.

Abstract: Mexican archaeological heritage and the story of the historical process that gave rise to the same is a significant tourist attraction. This paper is aimed at showing how, in the 19th century, context and world vision was introduced in a diplomatic and commercial manner to dynamise the promotion of the archaeological heritage, making the pre-Hispanic past a major pull for investment, coincident with the movement in the West to "sell" the country's identity and unique roots, as the most precious jewel in the Spanish Crown, remitting the tourist to the country's great Imperial past. We review the importance of Humboldt's work, together with the texts of a series of British voyagers in the re-imagining of the past as a resource for tourism through the archaeological remains as powerful draws to the unique identity of Mexico.

Keywords: Archaeology; Nationalism; Travel literature; Tourism; Travellers.

1. Introducción

El patrimonio arqueológico es clave para producir a México como un destino turístico. Su mercantilización se derivó de un proceso histórico, que se pretende explorar, porque antes de ser un atractivo turístico se construyó de manera dialógica como un objeto de múltiples significados, al ser al mismo tiempo elemento narrativo de la memoria y la identidad colectivas y de la otredad y del exotismo de los espacios, que lo convirtieron de interés para el turismo en el siglo XIX, antes de su masificación.

Cuando transcurrió el primer siglo de vida de México independiente, podría considerarse que el país se encontraba en la etapa exploratoria en términos del modelo de Ciclo de Vida de un Destino Turístico, propuesto por Butler, caracterizada por la aparición de los primeros viajeros que son atraídos por las cualidades culturales o naturales del destino (Sánchez, Vargas y Castillo, 2017). El interés es centrarse en esta fase exploratoria y mostrar que el nacionalismo fue la condición que la facilitó y permitió que el patrimonio arqueológico tuviera la cualidad de recurso turístico, por que promovió su construcción como elemento identitario para presentarse al exterior y contribuyó a que fuera explorado por una

* Cátedras CONAC y T-Universidad Autónoma del Estado de México; E-mail: emunozar@conacyt.mx; <https://orcid.org/0000-0002-2755-0120>

serie de viajeros, que con sus registros de viaje construyeron imaginarios del pasado prehispánico que fortalecieron esa cualidad.

Primero se abordará brevemente el nacionalismo para entender la dinámica a la que respondió en el siglo XIX y el papel que jugó el patrimonio arqueológico, de la que dependió su reforzamiento como elemento identitario y recurso turístico por actores externos. Posteriormente se definirán las cualidades de la literatura de viajes en este siglo, para entenderlas como un reflejo de los imaginarios del pasado prehispánico que alimentaron su construcción como recurso turístico.

En la tercera parte se revisará el corpus seleccionado para mostrar las cualidades que los viajeros observaban en el patrimonio arqueológico que motivaron su visita al país y los recursos que utilizan para enaltecerlo o no y transmitirlo a sus lectores. En el primer apartado se analizará literatura de viajes de la primera década del siglo XIX, previa a la independencia de México. Se trata de la obra de Alexander von Humboldt, prusiano que recorrió América entre 1799 y 1804, motivado por los intereses culturales que se asocian al *Grand Tour*. Tenía interés por comprender el mundo de forma holística, sus conocimientos versaban sobre astronomía, geografía, geología, vulcanología, historia y biología, y con esta visión dio a conocer a América en Europa. Además, se convirtió en lectura obligada para diplomáticos, inversionistas o viajeros que visitaran México e inspiró a nuevos, entre ellos los ingleses que se analizarán en el segundo apartado: William Bullock, coleccionista; Henry Tudor, abogado; Frances Erskine Inglis, Madame Calderón de la Barca, escritora; Edward Tylor, viajero y pionero antropólogo; Mary Winifred Howard of Glosopp, escritora y Lewis Spence, periodista; que cubren un periodo de 1823 a 1910.

2. Nacionalismo y patrimonio arqueológico

El nacionalismo refiere a la construcción de la idea de nación y a la búsqueda de elementos para representar un territorio que un colectivo imagina como propio, mediante los cuales se vincula a él y se cohesionan como grupo. Es un proceso identitario del que surge “una percepción colectiva de un ‘nosotros’ [...] por oposición a los ‘otros’, en función del (auto y hetero) reconocimiento de caracteres, marcas y rasgos compartidos” (Giménez, 2005:90), que resulta en la apropiación simbólico-expresiva del espacio para crear “una correspondencia de política, cultura y territorio como una sola entidad” (Gutiérrez, 2012:26).

La construcción del nacionalismo comenzó desde el siglo XVI, por el vínculo que los españoles, avecindados o nacidos en la Nueva España, establecieron con el territorio. Las crónicas de la conquista sirvieron para construir una narrativa histórica propia de la Ciudad de México, centro político novohispano, que se observa en obras como *México en 1554. Diálogos* (1875), de Francisco Cervantes, que muestra al pasado prehispánico como la historia de la ciudad a tres recién llegados. Sin embargo, el nacionalismo encontró su cause a fines del siglo XVIII, para redefinir el poder y fortalecer al grupo de los criollos frente al recrudescimiento del control de la corona española. El discurso nacionalista, se vinculó a la producción científica para sustentar el reconocimiento de los caracteres unívocos del territorio que los novohispanos consideraban propio. Este momento se contextualizó por la Ilustración, cuya racionalidad promovió que América y Occidente coincidieran en el uso científico de los vestigios del pasado para construir la historia y en su politización asociada a la construcción de la identidad nacional, por el ímpetu independentista en América y el fortalecimiento del nacionalismo de España por su pérdida de poder frente a Europa.

En Occidente, la producción científica sobre el pasado novohispano cuestionaba el desarrollo de las sociedades evidenciado en las crónicas de la conquista y se contextualizó por el evolucionismo y la construcción o afirmación de la “leyenda negra” de España, que por intereses políticos y económicos deslegitimaba la posesión de sus colonias, pero reflejaba la auto-reflexión de los europeos sobre América, el indio americano y las consecuencias de la dominación y colonización española (Bas, 2001). Esto facilitó que la producción científica novohispana se construyera mediante un diálogo entre criollos y occidentales, contrapuesto o complementario. Los criollos Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco Xavier Clavijero o Antonio Alzate debatieron con los evolucionistas Corneille De Pauw, George Luis Leclerc, Francots Raynal y William Robertson, y mostraron el desarrollo técnico o científico que denotaban los antiguos mexicanos comparándolos con los griegos, romanos o egipcios. Mientras que, la corona promovió estudios en sus colonias para escribir su historia y afianzar el nacionalismo español, pero como resultado fortalecieron al criollo y ayudaron a la institucionalización del pasado como elemento identitario del naciente país. La publicación de estos estudios en inglés o francés, como el de Antonio del Río y Guillermo Dupaix,

difundieron la historia del país y se convirtió en tema de interés de investigación y motivo de viaje, que alimentaron un imaginario que comenzó a caracterizar al territorio mexicano.

En el siglo XIX, el nacionalismo comenzó a basarse en una identidad nacional para consumo externo. En las primeras décadas se realizaron diversas acciones para afianzar internamente al pasado prehispánico como elemento identitario. En 1825 se creó, el Museo Nacional Mexicano. Su principal función era exhibir “toda clase de monumentos mexicanos anteriores o coetáneos a la invasión de los españoles, los pueblos antiguos de otro continente y de las demás naciones americanas [...] que sirvan para ilustrar la historia de México” (Bernal, 1992:127). De 1825 hasta 1865, se caracterizó por la falta de presupuesto y la desorganización, a pesar de la importancia de la relación estado-educación-museo que promovía el laicismo de los gobiernos en turno. En 1865, Maximiliano, le asignó un local propio, por su interés naturalista.

Durante el Porfiriato, de 1876 a 1911, la arqueología se desarrolló ampliamente porque se le concedió importancia pública por su utilidad para los hallazgos, su interpretación y su escenificación para consumo externo. Esto se reflejó en la reorganización del Museo, cuando se dividió en tres secciones: Arqueología, distribuida en la Galería de Monolitos y el Salón de Cerámica, Reproducciones y Piezas Diversas; Historia Patria; e Historia Natural (Galindo y Villa, 1896), y en el hermoso de distintas zonas arqueológicas, cuyo fin era abrirlas a los visitantes. Así también en la organización de exposiciones internacionales para las que Porfirio Díaz tenía un equipo especial, pero fueron supervisadas por el Museo. Las más importantes fueron la Exposición Internacional Histórico Americana, en Madrid (1892); el Cuarto Centenario de la Revolución Francesa, en París (1889); la World’s Columbian Exposition, en Chicago (1894); la Internacional de París (1900); la Panamericana, en Buffalo (1901) y la Arqueológica, en Roma (1910). El pasado prehispánico se estableció como la cara pública de las relaciones internacionales. Se trataba de un ejercicio de imaginar a México para los otros mostrando que aquí “había también nuestros propios griegos, romanos y germanos, con los aztecas” (Litvak, 1993:98); pero sobre todo se construía un discurso de “una modernidad con raíces profundas” (Vázquez, 1993:45).

El nacionalismo se contextualizó por una segunda o nueva colonización que también lo alimentó. El territorio considerado más rico de España despertó interés como sitio de inversiones y ameritó el inicio de relaciones internacionales fundadas en el conocimiento de su cultura, para planear estrategias de penetración o intervencionismo. Las acciones de los gobiernos mexicanos para convertir al pasado prehispánico en la cara pública del país coincidieron con el reconocimiento exterior de sus particularidades y se afianzó como fundamento de la identidad nacional, por que permitía construir un tiempo y un espacio imaginario en el que México era percibido de mejor forma interna y externamente.

En este contexto ocurre la oleada de viajeros que recorrieron México por la afianzada práctica del *Grand Tour*, principalmente ingleses, norteamericanos y franceses, naciones con los mayores intereses económicos y políticos en el país. Algunos se dedicaron al conocimiento y difusión de su pasado y cultura, por lo que existió una cruzada externa para difundir a México, del que se consideraba no se sabían nada o ficciones. Por ejemplo, William Bullock, viajero inglés, afirmaba que “el celo del gobierno de la vieja España tuvo éxito completo en excluir a los europeos del conocimiento de México. [...] Hay aquí consecuentemente, muchas novedades para atraer incluso al más indiferente visitante” (Bullock, 1824:V-VI). Désiré Charnay, francés, consideraba que sus compatriotas “pensaban encontrar a todos los indios emplumados, tal como se les veía en las representaciones operísticas [...] de la época” (Cramaussel, 2005:3) y que únicamente la obra de Humboldt trataba dignamente sobre México, y era necesario darlo a conocer.

México era un mundo nuevo y los viajeros guiados por intereses comerciales, diplomáticos, científicos o turísticos, se interesaban en conocerlo. Los viajeros describen los potenciales recursos a explotar, la población, la situación política, económica y social y también al hoy patrimonio arqueológico, en un contexto en el que el turismo aún no se masificaba. Con sus registros de viaje transformaron o afirmaron los imaginarios sobre el pasado del país, que impactaron en que el patrimonio fuera considerado con cualidades susceptibles de ser visitado y aportaron para su construcción como un recurso turístico.

3. El viaje y su registro como dispositivo para la creación de imaginarios turísticos

El surgimiento del turismo moderno se asocia a condiciones que determinaron su masificación, el desarrollo de las comunicaciones, los servicios turísticos y los aspectos socioeconómicos y políticos que permitieron que el uso del tiempo libre en su concepción moderna se dedicara al turismo. En Occidente el *Grand Tour*, viaje fue realizado desde el siglo XVII por jóvenes de la nobleza, principal-

mente ingleses, con la justificación “de complementar sus conocimientos y ganar experiencia personal” (Acerenza, 2006:70) y con otras motivaciones: “prestigio social, [...] salud, necesidad de evasión, curiosidad mundana, capricho personal” (Suárez, 2012:256), es el indicador del inicio del turismo. En este momento, contextualizado por la Ilustración, se consideraba que la cultura grecorromana era el origen del desarrollo histórico de Occidente. Así, previo al surgimiento del nacionalismo europeo, el *Grand Tour* tuvo un componente identitario ligado a los vestigios del pasado, porque el objetivo era “rescatar, afianzar y afirmar la memoria de Europa” (Soriano, 2011:33), a partir del conocimiento de las culturas que la originaron; de modo que los viajeros tenían una idea de la asociación de los vestigios del pasado con la identidad de los lugares y su capacidad para construir un tiempo y espacio imaginario. Al final del siglo XVIII, el *Grand Tour* fue de tal importancia que al año lo realizaban 20 mil jóvenes europeos y norteamericanos (Díaz-Andreu, 2014:14) y se extendió a las crecientes clases medias.

En México este proceso es tardío y el inicio del turismo, según Acerenza (2006) se sitúa en la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, desde fines del siglo XVIII el *Grand Tour* integró América, para los más aventureros. Entre ellos Dupaix, que visitó la Nueva España antes de realizar la Real Expedición Anticuaria (López, 2015), y Humboldt que incidió en que el país en el siglo XIX fuera visitado por viajeros ingleses, ya sea por esta práctica y las motivaciones culturales y de esparcimiento que lo envolvían, o por intereses comerciales o políticos.

Hoy se reconoce que a partir del encuentro con el otro y lo otro que suscita el turismo se construye la cualidad de exotismo, entendido como “lo extraño, singular, y por extensión como ‘extraño al observador’ [...], donde el otro debe poder mirarse como ‘otro’ y así ‘nutrir un exotismo’” (Lacarrière, 2016:119), del que se desprenden “narrativas, imágenes, usos, significados, símbolos, apropiaciones y experiencias, [...] ubicando al turismo como un agente productor de nuevas identidades, espacios y tiempos” (Palou y Mancinelli, 2016:8). Este proceso es de largo aliento y los viajes y su registro, en tanto encuentros con el otro, su cultura y su pasado, facilitaron que lo que hoy consideramos patrimonio arqueológico se afianzara como un recurso turístico con potencialidad de convertirse en un atractivo turístico.

La literatura de viajes se comprenderá como un producto de la historia cultural, compuesto de múltiples miradas, representaciones e imágenes, “interaccionando con los procesos políticos, económicos y sociales, para dar una referencia general de los horizontes culturales que [la] permean y significan” (Pérez, 2006:14). Es, según Illades (2002), una traducción doble, lingüística y sociocultural, en la que lo mirado se traduce al vocabulario del observador y su subjetividad. El observador relaciona la novedad con lo que conoce o imagina conocen sus lectores. Recrea su experiencia y el escenario recorrido mediante la palabra o la imagen y puede incluir mapas, medidas estandarizadas, planos, dibujos, referencias históricas o interpretaciones de tipo científico y reflexiones personales o elementos ficcionales que confluyen con el espacio y el tiempo, que puede dibujarse ajeno al presente; y se convierten en un dispositivo para incorporar nuevos elementos positivos o negativos al imaginario de los lugares.

Así también el viaje en este periodo se asocia “con el pensamiento romántico por ocuparse de dos de sus temas capitales: el reconocimiento del otro y la contemplación de la naturaleza” (Illades, 2002:9), que se relacionan con los monumentos ruinosos cubiertos de vegetación, productos del otro, del indio que es difícil relacionar con los del presente, empobrecidos, y facilitó construir un tiempo y un espacio imaginario.

Así también la literatura de viajes representa los imaginarios del territorio y su pasado, que históricamente están relacionados con la construcción del exotismo de los espacios que posteriormente son mercantilizados, y se definen como:

un conjunto de creencias, imágenes y valoraciones que se definen en torno a [...], un espacio, un periodo o una persona (o sociedad) en un momento dado [...]. Es una construcción social –individual y colectiva en permanente remodelación–, [...] tejida en parte a partir de las interpretaciones fantasiosas que expresa el individuo sobre el tema imaginado (Hiernaux-Nicolás, 2002:8).

María Morales (1986) recopila una lista de viajeros que visitaron México de 1800 a 1920, entre ingleses, norteamericanos, franceses, italianos, alemanes, austriacos, prusianos, cubanos, españoles y nicaragüenses. Tomando esta información y que en su obra hubiera un registro detallado del pasado prehispánico, se escogieron los textos de ingleses que tienen características de literatura de viajes, a pesar de sus distintos intereses contextualizados por la segunda colonialización, por lo que se trata de una mirada desde una posición de poder, desde la que se afianzan las cualidades del patrimonio arqueológico como recurso turístico.

4. Humboldt en México

La obra de Humboldt dedicada a la historia antigua americana, se contextualiza en el debate que los criollos novohispanos y los occidentales mantuvieron con los evolucionistas. En *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, publicado originalmente en 1810, critica a los evolucionistas y argumenta que la clasificación de las sociedades requiere el estudio de “sus caracteres especiales; porque las circunstancias exteriores hacen que varíen al infinito los matices de cultura que distinguen las tribus de raza diversa” (Humboldt, 1897:209). Analiza estos caracteres y detalla la información que le permite demostrar que el grado de desarrollo de los antiguos mexicanos era análogo al de los egipcios, griegos, romanos y otros, mediante semejanzas culturales que observa en monumentos antiguos y colecciones públicas y privadas. Sus analogías son argumentadas con datos de viajeros que registraron Egipto como el Barón Denon, o del danés Georg Zoëga, a quien denomina arqueólogo, que también escribió sobre las pirámides mexicanas, o de las obras de los ilustrados criollos. Además, recurre al registro gráfico para evidenciar al lector sus comparaciones y argumentar sus ideas. Así publica 69 ilustraciones y 32 son de monumentos antiguos (Florescano, 2002:25) o de colecciones privadas, que se sumaron a la construcción del imaginario iconográfico de América.

La traza urbana de Teotihuacán la compara con Micerinos y Keops, por tener dos edificios principales y otros de menor tamaño y su sistema constructivo con los zigurats babilónicos, y a la pirámide de El Tajín, por sus medidas, con la de Cayo Cesio, en Roma (Humboldt, 1897:92-93). Su interés por las pirámides, le permite argumentar sobre su función religiosa, son “templos” y “panteones” porque están dedicados a la veneración de los dioses y al enterramiento de sus principales. El primer caso son las pirámides de Teotihuacán, de las que afirma, su parte principal es “el teocalli de la cima del edificio [porque] los pueblos eligen lugares elevados para adorar a sus dioses en los comienzos de la civilización” (Humboldt, 1897:103). Con Mitla, ejemplifica su uso como panteón porque afirma que las excavaciones, posiblemente se refiera a Dupaix, muestran que era “el sitio en que descansan las cenizas de los príncipes Tzapotecas” (Humboldt, 1897:218). Este uso se repite en Cholula, teocalli al que considera el más grande de América, y asegura que existen tumbas en su interior mediante analogías con las prácticas funerarias de Egipto, China, Tíbet, de los reyes escandinavos y lugares americanos como Virginia, Canadá y Perú. El autor también examinó la estructura de Cholula, porque la construcción de un camino de Puebla a México la dejó al descubierto y concluye que era de ladrillos y arcilla, a diferencia de Robertson que sugería que era una producción natural y no humana porque afirmaba que estaba hecha de tierra, o Zoëga quien opinaba “equivocadamente que [...] es simplemente un montón de tierra endurecida, y el revestimiento exterior de ladrillos” (Humboldt, 1897:106). Finalmente argumenta que los teocallis tienen un uso combinado religioso y de defensa militar, que relaciona con Xochicalco y el Templo Mayor de Tenochtitlan.

Humboldt explica el sistema calendárico mexicano al que compara con el de los egipcios, persas, chinos e indos y resulta interesante su investigación sobre las colecciones de códices que existían en Europa, en la Casa del Escorial, España; en Viena, Austria; en Berlín, Alemania y en Italia, en donde señala al código de Borgia o los manuscritos de Veletri, y otras que cree se encuentran en el Archivo de Simancas, España; información que sirve para criticar a Robertson al evidenciar que existían fuentes a su alcance que no consultó. A partir de estos y otros datos el autor concluye que “entre los pueblos del antiguo y Nuevo Continente existen puntos notables de semejanza” (Humboldt, 1897:87).

La obra de Humboldt tuvo gran recepción y contribuyó “a modificar o redefinir la imagen que se tenía del Nuevo Mundo en Europa del siglo XIX” (Rebok, 2002:449). Después de él, América se transformó en un espacio propicio para las expediciones científicas, ya no era el “teatro de las experiencias y hazañas de los europeos sino el lugar donde estas aventuras (científicas) y sus resultados se fijarán para ser integrados al saber europeo sobre el otro” (Rebok, 2002:451). Por ejemplo, Francia promovió, mediante la Sociedad de Geografía, la publicación de los informes de Del Río sobre Palenque, después conformó la Comisión Científica de México, que apoyó las distintas exploraciones arqueológicas de Charnay, publicadas en *Cités et ruines américaines* (1863), que presenta fotografías de Teotihuacán, Monte Albán, Mitla, Tula, entre otros.

Así también, el interés de Humboldt por interpretar la historia de América y la transformación del conocimiento de la geografía del globo promovió el reconocimiento de la historiografía española y que las obras de cronistas y humanistas del siglo XVI y XVIII fueran retomadas para el estudio de América, por que por la “leyenda negra” de España no eran consideradas científicas (Rebok, 2002), sino exageradas ficciones; condición que se observa en las constantes referencias a las crónicas de la conquista en la literatura de viajes posterior a Humboldt.

Alfredo Chavero, director del Museo Nacional Mexicano, consideró que Humboldt inició el estudio “científico, positivo y afirmador de la nacionalidad [y] se desarrolla a la par de la reafirmación del valor histórico de las antigüedades, la revalidación de la estética indígena, necesaria para difundirlas junto con otras creaciones humanas” (Ortega y Medina, 1960, s/p).

Humboldt representa la naturaleza del viaje ilustrado del *Grand Tour*, su obra no es precisamente un diario de viajes, pero refleja que el viaje era también un dispositivo del conocimiento, por que las disertaciones que entabla con los autores evolucionistas se constituyen a partir del diálogo con otros viajeros, de los más modernos como el Barón Dentón a los más antiguos como Heródoto. Su propio viaje por América lo habilita para realizar nuevos argumentos no solo mediante analogías con el mundo occidental sino con el americano, además de que se convierte en referencia para posteriores viajeros, que se analizarán en el siguiente apartado. O tal vez Humboldt representa el desarrollo de la ciencia que obliga a separar las aventuras de viaje del conocimiento científico y que frente a esa motivación comenzarán a existir otras, características del turismo contemporáneo.

5. La mirada inglesa del pasado prehispánico

Bullock realizó un viaje a México en 1823, que reportó en *Seis meses de residencia en México* (1824). A pesar de la convulsión política del país, sus cartas de presentación le permitieron cumplir su objetivo de presentar a México a los ingleses, mediante la primera exposición de objetos prehispánicos en la sala Egipcia del Museo Picadilly en Inglaterra; que contó con la anuencia del gobierno mexicano y con la supervisión de los conservadores del Museo, Isidro Ignacio de Icaza y Rafael Gondra.

El viajero tenía en su haber la visión de Humboldt y las miradas evolucionistas, especialmente la del inglés Robertson, que permearon la imagen del pasado prehispánico, pero su pensamiento coincide con Humboldt y se suma a las discusiones con los autores evolucionistas, comparando el grado de desarrollo de los antiguos mexicanos con otras sociedades antiguas mejor valoradas en Occidente. Por ello sigue las recomendaciones de Humboldt para los anticuarios y coleccionistas, de visitar “el gran Calendario y las Piedras de Sacrificios en la Plaza Mayor, la colosal estatua de la Diosa Teoyamiqui en la galería de la Universidad, los monumentos aztecas con imágenes jeroglíficas, y las dos pirámides de San Juan Teotihuacán” (Bullock, 1824:326); y decide visitarlos y suma a su ruta Cholula y Texcoco.

Respecto a Teotihuacán, el inglés afirma que la Pirámide del Sol, a pesar de los derrumbes e intrusiones de vegetación, “es tan perfecta [en su forma] como la gran pirámide de Egipto” (Bullock, 1824:416) y le sorprende que “nadie en México sabía o se preocupaba por ellas. Incluso ninguno de los habitantes las había visto” (Bullock, 1824: 418). Después de Teotihuacán, con ayuda de guías locales, Bullock visitó Texcoco y afirma que los vestigios de las residencias de quienes practicaban la ciencia y el arte eran “suficientes para atestiguar sus consecuencias y su esplendor” (Bullock, 1824:383) y para denominarla como la Atenas de América. Sobre Cholula, afirma que, como consideraba Humboldt, su uso era “como lugar de enterramientos, [...] sitio de defensa, o para actos públicos de adoración [...], su base es más extensa que la gran pirámide de Egipto (Bullock, 1824:111-112).

Por su interés en el coleccionismo, el inglés refiere a las colecciones de antigüedades existentes en la Ciudad de México y, además del Museo Nacional Mexicano, señala a las del Palacio de Minería que consistían “principalmente de azuelas de cobre y piedra, lanzas, puntas de flecha, etc., los cuales se parecen mucho a los de un periodo temprano, que se han encontrado en Europa” (Bullock, 1824:331), afirmando como Humboldt que el desarrollo histórico de América era análogo al de Europa.

El mayor interés del viajero fue la escultura monumental azteca especialmente la Piedra del Sol, la Coatlicue y la Piedra de Tizoc, de las cuales obtuvo moldes para su exposición. El primer elemento estaba empotrado en la pared Noroeste de la catedral y supone que originalmente estaba en:

el piso del gran templo, [como] el Zodiaco del templo de Tentyra en el Alto Egipto. Es una prueba sorprendente de la perfección, que la nación a la que pertenecía, había alcanzado en algunas de las ciencias. Pocas personas, incluso en las ciudades más iluminadas de Europa, y en la actualidad, serían capaces de ejecutar tal trabajo (Bullock, 1824:333-334).

La escultura de la Coatlicue fue desenterrada del patio de la Universidad para que Bullock pudiera obtener el molde y fue nuevamente enterrada. Su primera impresión al verla es que se trataba de “un horrible y colosal monstruo cortado de un solo bloque sólido de basalto, sus decoraciones son de acuerdo con su forma horrida” (Bullock, 1824:340). Sin embargo, a pesar de la discrepancia de los cánones

estéticos occidentales con los de los antiguos mexicanos, para el inglés las técnicas artísticas mostraban la veracidad de las crónicas de la conquista, porque consideraba imposible “para el artista más ingenioso [concebir] una estatua mejor adaptada para al propósito previsto, y los talentos e imaginación unidos de Brueghel y Fuseli¹ serían vanos en intentar mejorarlo” (Bullock, 1824:339-340).

A pesar de la participación mexicana, Bullock, contextualizado por la reafirmación de la “leyenda negra” de España, fue quien imaginó esta primera recreación de México para el extranjero. Su intención era mostrar a los ingleses que, a pesar de la dominación española y la destrucción de la cultura material que representaba un pasado calificado erróneamente de cruel y bárbaro, existían vestigios maravillosos que podían ser comparados con los del antiguo Egipto (Arteta, 1991:33). Y que la magnitud del México antiguo, “era del doble que la actual ciudad y la igualaba en regularidad y la superaba en el número y tamaño de sus palacios y templos” (Bullock, 1824:422).

El catálogo de la exposición México Antiguo, publicado originalmente en 1824 y editado por Begña Arteta en 1991, evidencia que se componía con 52 piezas, se trataba de objetos recolectados durante su viaje, especialmente esculturas, las reproducciones de escultura monumental; copias de códices y mapas del imperio de Moctezuma, facilitadas por el Museo y litografías realizadas por su hijo. El interés de Bullock de engrandecer el pasado prehispánico mediante su comparación con los egipcios se refleja en la litografía de Teotihuacán que emula a una pirámide egipcia y en el catálogo, cuando refiere a la comparación de Humboldt con las pirámides de Guiza y además menciona que la escultura de un busto femenino es similar a la diosa Isis (Arteta, 1991:68). En su afán por mostrar que España había destruido toda huella del pasado, incluyó una pieza o dibujo para representarlo, que en el Catálogo se describe como: “la destrucción de un ídolo y el remplazo que Cortés hace colocando una figura de la virgen en el altar” (Arteta, 1991:75).

Más allá de la imagen que presenta sobre México, el inglés se asegura de mostrar la magnificencia del pasado mexicano, y debate con los evolucionistas evidenciando la veracidad de las crónicas de la conquista que mostraban:

su inmensa población, sus riquezas y el progreso en las artes entre los mexicanos [...]. Creo firmemente todo lo que [...] Clavigero ha relatado sobre sus compatriotas. Si Monsieur de Pauw, o nuestro mejor informado compatriota Robertson, hubieran pasado una hora en Tezcucó [...], nunca hubieran supuesto ni por un momento que el palacio de Montezuma en México era una cabaña de arcilla, o que la cuenta de la inmensa población era ficción (Bullock, 1824:420).

Así también construye una imagen de un territorio con yacimientos antiguos que debían ser explorados: “no es en la capital actual de la Nueva España donde debemos buscar los restos de la grandeza mexicana, ya que todo vestigio de su antiguo esplendor fue aniquilado” (Bullock, 1824: 421).

Henry Tudor se describe así mismo como turista, realizó un viaje por el norte de América, entre 1831 y 1832, registrado en *Narrative of a tour in North America: comprising Mexico, the mines of Real del Norte, the United States, and the British colonies: with an excursion to the island of Cuba: in a series of letters*, publicado en 1834. Realiza su viaje por motivos de salud, pero en esencia buscaba conocer el recién independizado Estados Unidos de Norteamérica.

El viajero recorre Cholula, Teotihuacán y el Museo. Sin embargo, a diferencia de Bullock, cuestiona el desarrollo de los antiguos mexicanos y los compara con los egipcios, pero de forma negativa, porque para él los de los mexicanos eran inferiores. Para Tudor, Cholula era, como pensaba Robertson, una elevación natural recubierta de ladrillo, por lo que, a pesar de aceptar que su base era del doble que la de Keops, consideraba que “no tiene comparación con el monumento africano, respecto a la labor requerida para su construcción” (Tudor, 1834:209). También opina lo mismo de las pirámides de Teotihuacán, aunque ya las denomina como célebres:

debo confesar, me decepcionaron. Esperando encontrar algo de semejanza con las que he visto en Egipto, estaba tan engañado [...] que requerí una posición particular, unida con un poco de fe, para ver la forma piramidal. No tienen la menor similitud con las de África. La inmensa masa de las colinas, así como su aspecto juntas, parecen destruir la creencia de que son una creación humana (Tudor, 1834:277-278).

Concluye según su observación que se trataba de elevaciones naturales a las que se les habían agregado las escalinatas, “estos montículos o supuestas pirámides, eran apropiadas para las ceremonias y el culto supersticioso de los aztecas” (Tudor, 1834:278). Aún así el autor reporta datos de Humboldt, de quien afirma dudaba que fueran una construcción netamente humana, y de Juan José de Oteiza, que

también recupera Humboldt porque lo había acompañado en sus exploraciones, y registra el nombre de las pirámides en náhuatl, *Tonatiuh Ytzaqual* y *Meztli Ytzaqual*, que traduce como Casa del sol y Casa de la luna, sus medidas y que las pirámides menores, distribuidas en lo que denomina Camino de la Muerte, estaban dedicadas a las estrellas (Tudor, 1834:279).

Visita la catedral para observar el Calendario azteca, que denomina como el Reloj de Moctezuma, y lo describe como una piedra circular que:

representa el zodiaco del rey, y fue inventada [...] con el propósito de cálculo del tiempo, [...] envuelve la habilidad, astronomía y la ciencia de los fundadores de la vieja ciudad. Más allá de lo que uno puede estar dispuesto a darles crédito, fue descubierto con variedad de ídolos y otros monumentos, enterrados muchos pies bajo la superficie de esta gran plaza. Es difícil imaginar como se hicieron de este conocimiento, excepto por la fuerza de observación y la aplicación de fuerte poder de razonamiento [...]. Una cosa, sin embargo, es cierta, que ésta, así como otras ciencias que se sabe existieron entre ellos, evidencia un avance en la civilización de aquellos tiempos, los cuales son vanos en la presente raza de los indios nativos. (Tudor, 1834:240-241)

También visita el Museo en el que se exhibían esculturas aztecas que describe como monstruosas, entre ellas esta el “Sacrificio”, conocida hoy como Piedra de Tizoc:

un bloque circular de piedra cubierto con jeroglíficos curiosos y apropiados [...] con los rituales sanguinarios de tiempos pasados, para la inmolación de víctimas. [...] Esta reliquia junto con una gran variedad de groseras y toscas imágenes, fueron encontradas enterradas bajo la gran plaza, consisten en ídolos de dioses, diosas, serpientes y otras criaturas brutas (Tudor, 1834:253).

De este sitio, lo único que llama la atención del autor es un objeto que puede comparar con un egipcio, una cabeza “cortada en granito, el mismo facsímil de estos he visto en Egipto, y salvo por su ubicación y lugar de descubrimiento, podría haber supuesto que había sido excavado de las ruinas de Tebas” (Tudor, 1834:253).

Frances Erskine Inglis adoptó el apellido De la Barca al casarse con Ángel Calderón de la Barca, quien fue ministro plenipotenciario de España en México y con quien viajó al país, donde permaneció de 1839 a 1842. En este tiempo mantuvo correspondencia con su familia, de la que se desprende su obra *Life in Mexico during a residence of two years in that country*, publicada originalmente en 1843. La escritora tenía en su haber la “leyenda negra” de España y la historia de México no le era ajena porque conoció a William H. Prescott, autor de diversos libros de historia antigua mexicana, y quien después presentaría la obra de la escritora.

La autora describe su llegada a la Ciudad de México y la denomina como Tenochtitlan y, de acuerdo con las crónicas de la conquista, como la Venecia del Oeste de: “lagos sobre islas verdes cubiertas de flores, largas filas de casas, diversificadas por multitud de templos piramidales, los Teocalli o casas de los dioses. [...] Qué escenas de maravilla y belleza estallan sobre los ojos!” (Erskine, 1982:s/p). Y describe el calendario azteca, posicionado en la catedral, como “una piedra redonda cubierta de jeroglíficos que todavía se preservan” (Erskine, 1982, s/p).

Visita el Museo y lo describe como mal acomodado y con una colección vasta, rara y valiosa. Allí describe la Piedra de Tizoc dispuesta en el patio y agrega a su descripción una vívida y monstruosa imagen de lo que imaginaba, de acuerdo con Prescott, como su uso:

tiene un hueco en medio en el que la víctima recostada, con seis sacerdotes vestidos de rojo, sus cabezas adornadas con penachos de plumas verdes (debieron parecer guacamayas), con aretes verdes y de oro y piedras azules en sus labios, lo sujetaban mientras el jefe sacerdote le abría el pecho, tiraba su corazón a los pies del ídolo y luego se lo metía en la boca con una cuchara de oro. Luego le cortaban la cabeza para usarla en la construcción de la torre de cráneos, comían partes de él, quemaban el resto o lo arrojaban a las bestias salvajes que había en el palacio (Erskine, 1982:s/p).

A pesar de dedicarle mucho tiempo al museo, no llamó tanto su atención por su estética distinta, porque al compararla con la estatua ecuestre de bronce de Carlos IV, afirmó “no hemos visto nada en México que iguale la belleza de la colosal estatua. [...], una obra maestra de Tolsa, notable por la noble simplicidad y la pureza de su estilo” (Erskine, 1982:s/p).

Erskine visita Teotihuacán y asegura que desde que Humboldt lo hizo ha llamado la atención de los viajeros subsecuentes. Después de la dificultad para conseguir guías que la llevaran al lugar, reseña

que las pirámides estaban consagradas al sol y la luna y las describe rodeadas de cientos de pirámides más pequeñas, dispuestas simétricamente en calles anchas que denomina como *Micoatl* o Camino de los Muertos. Así también que en la superficie había gran cantidad de cuchillos de obsidiana y figuras de arcilla cocida.

Para Erskine este sitio era similar a la Père la Chaise o una abadía de Westminster, un cementerio o lugar de culto de guerreros aztecas o toltecas, y acusa a los españoles de la destrucción de los ídolos de oro que según adornaban estas pirámides y de los antiguos templos que evidenciaban a una extraordinaria raza. Y aun con la “leyenda negra” de España a cuestas justifica la destrucción de los objetos de la memoria, comparándolo con el caso inglés:

el fanatismo y la política indujeron a los conquistadores españoles a destruir estos templos paganos, y cuando recordamos el momento de la Reforma en la civilizada Inglaterra en que los edificios católicos más espléndidos [fueron destruidos] con el feroz edicto de John Knox, [...], no podemos culpar a Cortés, quien en la excitación del sitio dio órdenes para la destrucción de estos santuarios manchados de sangre (Erskine, 1982, s/p).

En 1856, Edward B. Tylor realizó un viaje por el Caribe y México por motivos de salud, antes de consagrarse como uno de los fundadores de la antropología moderna. En Cuba conoció a Christie, un banquero coleccionista con quien emprendió el viaje a México, que reporta en *Anahuac. Mexico and the Mexicans, ancient and modern* (1877), escrito a manera de relatos de viaje, pero cercano a lo que después sería un diario de campo (Korbaesk, 2009).

El antropólogo refiere a Teotihuacán y comienza por señalar su parecido con Egipto, por la orientación de sus pirámides hacia los puntos cardinales y es interesante que nota que su forma no era precisamente piramidal:

la línea desde la base a la cumbre esta quebrada por tres terrazas, o tal vez una cuarta que las rodeaba completamente, y en lo alto había una plaza cuadrada donde destacaban los ídolos y los altares de sacrificios. Esta construcción es muy parecida a algunas de las pirámides egipcias más pequeñas (Tylor, 1877:142).

Tylor observa que las pirámides tenían un núcleo que parecía compuesto de adobe, arcilla y mortero cubierto de piedra tallada. Refiere, al igual que Erskin, que en la superficie había flechas y cuchillos de obsidiana y pedazos de cerámica además de conchas, que afirmaba eran posiblemente colocadas como ofrenda en la actualidad. Describe, como los otros viajeros, que es visible una calzada a la que también denomina como de Los Muertos, donde, según su conocimiento de las crónicas de la conquista:

la población entera de la una vez gran ciudad de Teotihuacán y sus barrios solían congregarse para ver a los sacerdotes y las víctimas marchar alrededor de las terrazas y subir las escaleras a la vista de todos. Parado aquí uno puede imaginarse la escena de Cortés y sus hombres viendo desde su campamento, fuera de México, en ese terrible día en que los mexicanos los habían retirado (Tylor, 1877:146).

Lejos del complejo de las pirámides, localiza una zanja, abierta para hacer un camino, que dejaba al descubierto un piso de piedras recubiertas con estuco y lo compara con el pavimento romano. Además, observa la dispersión de numerosos objetos de obsidiana y cerámica que califica como dignas de un museo y rocas talladas con restos de cinabrio que formaban parte de la construcción de las casas aledañas. Lo anterior, le hace suponer “cuan grande debe ser el número de restos que aun permanecen ocultos, y cuan vasta fue la población que alguna vez habitó esta llanura, ahora casi desierta” (Tylor, 1877:147).

El antropólogo también visitó colecciones privadas, por el interés coleccionista de Christie, en las que observa herramientas de obsidiana que califica como hermosas por la técnica y el parecido que encuentra con las escandinavas o norteamericanas (Tylor, 1877:98-100), que responden al mismo propósito. Esto le sirve para argumentar que, a pesar de la similitud de los conocimientos y costumbres con los asiáticos que referían otros autores, debían estudiarse con sumo cuidado para encontrar su origen antes de suponer que resultaron de migraciones (Tylor, 1877:243). De forma que postula que la cultura es lo que diferencia a objetos similares.

Tylor explica que antes de su viaje dudaba de las crónicas de la conquista:

que habían exagerado los números de la población y el tamaño de las ciudades, por un deseo natural de aprovechar al máximo sus victorias y de escribir una historia tan maravillosa como pudieran, como los historiadores son propensos a hacer. Pero nuestro examen de los restos mexicanos pronto nos indujo a retirar esta acusación e incluso nos hizo inclinarnos a culpar a los cronistas por no tener ojos para las cosas maravillosas que los rodeaban (Tylor, 1877:147).

Mary Winifred Howard of Glosopp, hija de un político liberal inglés, realizó un viaje por el norte de América, que registró en *Journal of a tour in the United States, Canada and Mexico*, publicado en 1897. Visitó el Museo, que corresponde al descrito por Jesús Galindo y Villa, y recorre en tren los alrededores de la ciudad y visita Cholula y Teotihuacán. Compara a Cholula con las pirámides egipcias y afirma, como los otros autores, que su base es el doble que la de Guiza. Reporta que estaba construida por cuatro terrazas y en la superior estaba el teocalli dedicado al dios del aire, que fue remplazada por la iglesia de la Virgen de los Remedios. A pesar de que la pirámide estaba cubierta de vegetación, afirma que podía distinguirse un camino pavimentado de piedra hasta la cumbre con estratos alternados de arcilla y ladrillo, pero no se sabe “si el interior del montículo fue natural, o totalmente artificial” (Howard 1897:173).

La autora visita Teotihuacán y con información de Humboldt afirma que las pirámides eran análogas a las que están cerca de Sakara en Egipto y el Templo de Belus en Babilonia y de la misma forma refiere al camino de Los Muertos, donde había 25 pirámides más pequeñas cuyo uso era habitacional o de enterramiento. Como Tylor, observa que la Pirámide del Sol estaba construida por terrazas y que a este sitio “los reyes de los estados circunvecinos venían a coronarse” (Howard 1897:174). Así también coincide en señalar que en la superficie hay material arqueológico que describe como cabezas pequeñas de terracota de tipo chino, asirio, y etíope.

Recorre el Museo e intenta definir a los antiguos mexicanos para sus lectores a partir de sus observaciones y con las referencias que tenían en su haber. El Calendario azteca ya expuesto en el Museo lo considera “el más memorable [...] y una maravillosa prueba y registro del conocimiento astronómico de esta nación extrañamente civilizada pero bárbara [que] no debe clasificarse exactamente a la par de caníbales comunes, sus banquetes de carne humana tenían enteramente un carácter religioso y restringido para el consumo de las víctimas ofrecidas a la piedra de sacrificio” (Howard 1897:176-177).

Registra su recorrido por el museo y considera que su colección de escultura representa un trabajo “fino”. Destaca al Chac-mol cuyas características y pose las califica de extremadamente finas, así también al “Indio triste”, una escultura mexicana de tipo portaestandarte, las columnas de Tula cuya decoración compara con cruces celtas, serpientes enroscadas que considera como representaciones de Quetzalcóatl, una cabeza de diorita que representa a Totec, que califica como la más grandiosa y venerada representación del sol, y cabezas de serpientes que asegura rodeaban el teocalli. También reporta máscaras y sacerdotisas de finos tocados y cabellos trenzados, que compara con estatuas griegas, candelabros y urnas funerarias, piezas de cerámica de diversas partes de la república, de las que le sorprende la conservación del color y sus patrones decorativos que son comparables a los de Grecia antigua. Considera a la cruz de Palenque, como el más notable monumento después del Calendario azteca, reporta sus medidas y que es de mármol “de un encantador color dorado pálido, algo parecido al Partenón teñido por el sol” (Howard, 1897:189).

Como dato curioso, refiere a Chalchiuhtlicue, una escultura monolítica teotihuacana, “que posee un extraño poder de causar a cualquiera que se siente o reclina en ella un desmayo instantáneo” (Howard, 1897:186), por lo que era conocida como piedra del desmayo. Además, refiere al escudo de Moctezuma II, que después de haber sido regalado por Cortés a Carlos V “lo puso en su palacio de Viena, [...] hasta 1863, cuando el emperador José de Austria, se lo dio a su hermano Maximiliano, por quien fue traído de regreso a su antiguo hogar” (Howard, 1897:188).

La imagen que Howard crea de los antiguos mexicanos a partir de su visita confirma lo que las crónicas de la conquista y los estudiosos criollos del pasado referían y afirma que Clavijero y Torquemada tenían razón al señalarlos como “notables por su maravillosa habilidad con los ornamentos de oro y plata y joyería, y por cortar y pulir las innumerables turquesas, zafiros, ópalos, esmeraldas. Y otras piedras preciosas abundantes en sus colinas” (Howard, 1897:187).

Lewis Spense realizó un viaje a México para aclarar los mitos que rodeaban al país en el presente, cuando facciones distintas deseaban saquearlo y gobernarlo, pero consideraba que los mexicanos luchaban por ejercer su libertad, como ocurría en cualquier país. Su viaje fue registrado en *Mexico and the Mexicans*, publicado en 1918, en Inglaterra y Estados Unidos de Norteamérica.

Spense ofrece una visión histórica de México desde la etapa prehispánica hasta el Porfiriato, pero el interés del autor era mostrar la contemporaneidad del país, por lo que a pesar de visitar el Museo lo ocupa para hablar de la cerámica contemporánea, o la ciudad antigua de Mitla, en la que se fotografió, no ahonda en detalles. Sin embargo, en el primer capítulo denominado “¿Quiénes son los mexicanos?” construye una imagen de un México con raíces profundas, híbrido, con costumbres occidentales y antiguas, que comprueba con la conservación de la lengua náhuatl, y reseña la historia antigua refiriendo a los toltecas y aztecas como una poderosa raza, cuya religión se basaba en sacrificios rituales y que tenían el mismo desarrollo que cualquier sociedad occidental contemporánea a ellos. Concluye su registro de viaje mostrando que reconoció en el país culturas antiguas sobresalientes y un ímpetu que lo haría desarrollarse:

esa tierra de leyenda y romance, más variada que la de Grecia, más misteriosa que Egipto, surgirá en una era más grande y más brillante que la que se canta en su mito o en la crónica deslumbrante de la historia de su conquista. [...] Esperar hasta la que esperanza cree. De su propia ruina lo que contempla. (Spense, 1918:224).

6. Conclusiones

En el siglo XIX México se encuentra en la etapa exploratoria del Ciclo de Vida de un Destino Turístico, por la presencia de los viajeros ingleses y otros no retomados en este trabajo, que dan cuenta de este proceso inicial de turismo y de que el patrimonio arqueológico era ya un recurso turístico, porque era una motivación para el viaje. Este proceso fue facilitado por el nacionalismo y la construcción de la identidad nacional porque fue dinamizada por intereses diplomáticos y económicos, y permitió que comenzara a construirse mediante acciones públicas para afianzarla al exterior; pero también que se construyera mediante la participación de agentes externos. Estos agentes con cualidades distintas, científicos, viajeros, inversionistas, periodistas o diplomáticos aportaron a la construcción del patrimonio arqueológico como un elemento identitario del país al reconocerlo como tal desde una mirada externa; pero al mismo tiempo, su visita y su registro en la literatura de viajes, que difundió imaginarios en general positivos sobre el patrimonio, promovieron su construcción como recurso turístico y su transformación en un atractivo turístico.

La literatura de viajes revisada se contextualiza por la “leyenda negra” de España, el debate del evolucionismo, la obra de Humboldt, el viaje del romanticismo y el afianzamiento del pasado mexicano como elemento definitorio de la identidad nacional. De esta forma, las discusiones que entablan los autores con los evolucionistas, la recuperación de las crónicas de la conquista, acompañan a los relatos de viajes. Estos siguen la estructura propuesta por Illades y los autores aportan referencias de tipo científico o personal a sus lectores que imaginan les resultarían familiares, como Egipto, Grecia o Roma antiguos, así también, a excepción de Tudor, validan las crónicas de la conquista anteriormente puestas en duda. Estas estrategias, representan la aceptación de un pasado enaltecido que sirvió para crear imaginarios positivos sobre el patrimonio arqueológico y su difusión en sus países de origen, que potencialmente motivaría a mayores visitantes. Y, a pesar, de que la narrativa se dinamiza por la construcción de figuras opuestas, lo monstruoso y lo maravilloso, que evidencia el proceso de distinguir “entre lo normal y lo patológico [...], lo racional y lo irracional, lo luminoso y la oscuridad, [...] y depende del momento y de las condiciones culturales” (Soriano, 2011:8), los vestigios del pasado son comprendidos por la mayoría de los autores desde el contexto de los otros, convirtiéndolos en objetos exóticos o que evidenciaban un pasado prodigioso.

De modo que la literatura de viajes al mismo tiempo afirmó las cualidades del patrimonio arqueológico como recurso turístico y la construcción dialógica de sus valores formales y simbólicos que representaban un pasado incomparable con el que representaban los indios actuales, construyendo así un tiempo y un espacio imaginarios, útil para representar un país moderno con raíces profundas, un pasado luminoso que guiaría el futuro de la nación. Cualidades necesarias para dar paso a la etapa de implicación del Ciclo de Vida de México como destino turístico y a la conformación del patrimonio como atractivo turístico. Esta etapa comenzó a principios del siglo XX, cuando se realizaron acciones públicas para abrir distintas zonas arqueológicas al turismo. Como resultado en 1910 ingresaron 68,000 turistas al país (Mercado, 2016:1029) y en 1926, en los primeros reportes en los que se contabilizaron visitantes, 81,302 concurren a las zonas arqueológicas (Reygadas, 1927:494).

Bibliografía

- Acerenza, M. A. 2006. *Conceptualización, origen y evolución del desarrollo del turismo*. México: Trillas.
- Arteta, B. (Ed.) 1991. *Primera Exposición de Arte Prehispánico, por William Bullock*. México: UAM.
- Bas, N. 2001. Juan Bautista Muñoz y las polémicas con Europa. *Estudis: revista de historia moderna* 27, 247-298. Recuperado de: <http://hdl.handle.net/10550/34337>
- Bernal, I. 1992. *Historia de la arqueología en México*. México: Porrúa.
- Bullock, W. 1824. *Six months. Residence and travels in Mexico*, Vol. II. Londres: John Murray, Albemarle-Street. Recuperado de https://archive.org/details/gri_sixmonthsres00bull/page/n7.
- Cramaussel, C. 2005. Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862. En J. Pérez (Ed.), *México Francia. Memoria de una sensibilidad común siglos XIX y XX* (s/p). Recuperado de: <https://books.openedition.org/cemca/4080?lang=es>
- Díaz-Andreu, M. 2014. Turismo y arqueología. Una mirada histórica a una relación silenciada. *Anales de Antropología*, 48(2), 9-40.
- Erskine Inglis, F. 1982. *Life in Mexico*. Berkeley: University of California Press. Recuperado de <https://digital.library.upenn.edu/women/calderon/mexico/mexico.html#VI>
- Florescano, E. 1997. *Etnia, estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas*. México: Aguilar.
- Florescano, E. 2002. Imagen e historia. En E. Florescano (Comp.), *Espejo Mexicano* (pp. 11-47). México: Conaculta, Fondo de Cultura Económica.
- Galindo y Villa, J. 1896. *Breve noticia histórico-descriptiva del Museo Nacional de México*. México: Imprenta del Museo Nacional.
- Giménez, G. 2005. *Teoría y análisis de la cultura*. Vol. 1. México: CONACULTA, ICOCULT.
- Gutiérrez, N. 2012. *Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*. México: Plaza y Valdés, CONACULTA.
- Hiernaux-Nicolás, D. 2002. Turismo e imaginarios. En D. Hiernaux-Nicolás, A. Cordero y L. Van Duynen, *Imaginarios sociales y turismo sostenible Cuaderno de Ciencias sociales 123* (p. 7-36). Costa Rica: FLACSO. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/costar/cua123.pdf>.
- Howard, W. 1897. *Journal of a tour in the United States, Canada and Mexico*. London: Simp-son Low, Marston and Company. Recuperado de https://archive.org/details/cihm_07249/page/n5
- Humboldt von, A. 1878. *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, Madrid: Gaspar Editores. Recuperado de http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080017404/1080017404_MA.PDF
- Illades, C. 2002. Viajeros y utopías en el siglo XIX. *Revista de la Universidad de México* 616, 8-22. Recuperado de <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles-files/b5600523-5e65-481b-9164-cbd86ccbbaa2>
- Korbaesk, L. 2009. Edward Burnett Tylor “Anahuac or Mexico and the Mexicans Ancient and Modern”. *Cuicuilco* 6 (46), 53-35.
- Lacarrière, M. 2016. La alteridad y el exotismo en clave patrimonial turística. Aportaciones de la antropología. *Quaderns* 32, 123-143.
- Lítvak, J. 1993. Todas las piedras tienen 2000 años. México: Trillas.
- López, L. 2015. El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794. México: Ediciones del Museo Nacional de Antropología, INAH.
- Mercado, E. 2016. Patrimonio cultural y turismo en el México posrevolucionario. *PASOS Revista de Patrimonio Cultural y Turismo* 14(4):1027-1040.
- Morales, M. D. 1986. Viajeros extranjeros y descripciones de la Ciudad de México, 1800-1920. *Andamio* 14, 105-143. Recuperado de <https://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=1676>.
- Ortega y Medina, J. A. 1960. *Humboldt desde México*. México: UNAM.
- Palou, S. y Mancinell, F. 2016. El turismo como refractor. *Quaderns* 32, 5-28.
- Pérez, R. 2006. *Down Mexico Way*. Estereotipos y turismo norteamericano en el México de 1922. *Cuadernos de Patrimonio y Turismo Cultural* 14, 14-32.
- Rebok, S. 2002. La expedición americana de Alexander von Humboldt y su contribución a la ciencia del siglo XIX. *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 32 (3), 441-458. Recuperado de <https://journals.openedition.org/bifea/6080>
- Reygadas, J. 1927. *Dirección de Arqueología. Memoria que indica el estado que guarda el ramo de educación pública, agosto 1927*, pp. 493-496. México: SEP.
- Sánchez, A., Vargas, E y Castillo M. 2017. Origen, concepción y tratamiento del ciclo de vida de los destinos turísticos: Una reflexión entorno al modelo de Butler. *Compendium* 20:38. Recuperado de <https://www.redalyc.org/jatsRepo/880/88051773005/html/index.html>

- Soriano, N. 2011. El viaje y lo monstruoso en el siglo XVIII por una ética-estética del *grand tour*. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Recuperado de: <https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/issue/view/2201>
- Spence, L. 1918. *Mexico of the Mexicans*. Londres: Sir Isaac Pitman and Sons. Recuperado de: <https://archive.org/details/mexicomexicans01spengooog/page/n8>
- Suárez, A. M. 2012. El grand tour: un viaje emprendido con la mirada de Ulises. *Isumu 14-15*, 253-279. Recuperado de <https://revistas.uam.es/isimu/article/view/3332>
- Tudor, H. 1834. *Narrative of a tour in North America: comprising Mexico, the mines of Real del Norte, the United States, and the British colonies: with an excursion to the island of Cuba: in a series of letters*, Vol II. Londres: James Duncan, Paternoster Row. Recuperado de <https://archive.org/details/narrativeoftouri02tudorich>
- Tylor, E. B. 1877. *Anahuac. Mexico and the Mexicans, ancient and modern*. Londres: Longmans Green Reader and Dyer. Recuperado de: <https://archive.org/details/anahuacormexicom00tylo/page/148>
- Vázquez, L. 1993. Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940). En M. T. Cabrero (ed), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera* (pp. 36-77). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

Notes

- ¹ Pieter Brueghel fue un importante pintor holandés del siglo XVI que junto con Jan Van Eyck, el Bosco y Pedro Pablo Rubens, es considerado una de las cuatro figuras más sobresalientes del arte holandés. Henry Fuseli fue un pintor suizo.

Recibido: 06/12/2019
Reenviado: 27/02/2020
Aceptado: 15/05/2020
Sometido a evaluación por pares anónimos